



CIENCIAS Y VERDAD DEL MUNDO, DESDE LA BIOLOGÍA

3ª Exposición de la Mesa Redonda del XIII EFCSM 2018

Dña. Marie-Ágnès Petit

Bióloga

© 2018. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

CIENCIAS Y VERDAD DEL MUNDO, DESDE LA BIOLOGÍA

Si fuésemos del siglo XVI, cada uno de los que participan en esta mesa redonda sería a la vez filósofo y científico. Porque la cuestión metafísica, que se confronta con el ser, con el “¿por qué hay algo y no (más bien) nada?”, incluye en su interrogante todos los seres que hay alrededor del hombre: piedras, árboles, animales, hombres... y ángeles. En el contexto cristiano de la Europa de este siglo, se consideraba que Dios nos había hablado por dos libros, el libro del mundo y el libro de la Biblia. Los filósofos de entonces observaban y experimentaban. Pienso en Galileo, Pascal, Goethe... Hoy en día se da una separación de las disciplinas, dispersión, y quizá esto da como resultado que la filosofía y la ciencia pierden, cada una por su lado, su fuerza. Pero leer un libro como *La verdad del mundo*, despierta en mí, como científica, un sentido filosófico atrofiado. Me doy cuenta de que a través de la observación cotidiana de las bacterias y sus virus, estoy contemplando el ser con su dimensión de misterio, tal como lo expone el libro. Quisiera mencionar brevemente tres elementos del libro que alimentan mi reflexión:

1. El ser como misterio

Los objetos que nos rodean, desde los más sencillos hasta los más complejos, tienen un fondo y una manifestación. El fondo excede lo que se manifiesta, por tanto, persiste una interioridad inalienable. Por otro lado, la manifestación misma sobrepasa lo que nuestros sentidos pueden percibir. Y este doble infinito es lo que Balthasar llama el misterio del ser. Con una imagen, se puede comparar el objeto a un manantial del que sigue brotando agua (es el movimiento de la manifestación), dándose a ver, sin agotarse y sin que seamos capaces de captar todo lo que se manifiesta. Esto se corresponde exactamente con la experiencia científica: nunca se agota el objeto que estudiamos, nunca se puede decir “ya he entendido todo del objeto, puedo pasar a otro”. Aceptar la dimensión de misterio del objeto da paz, porque la investigación deja de ser una carrera hacia una meta, con su tensión orientada a poseer totalmente el objeto. Se sabe que nunca llegaremos a la meta, y se trata más de pasear en compañía del objeto, casi en diálogo con él. Termino este punto con una cita bastante divertida:

“Algo de la coquetería del embozo, que domina todo lo viviente, parece ya convenir a las cosas materiales, cosas que siempre, cuando quien las conoce cree aprehenderlas de forma definitiva, se sustraen, dejando atrás una de las vestiduras con que aparecen”.

2. El sujeto como espacio de recepción para el objeto

Quisiera ahora comentar otra cita:

“Los objetos de este mundo necesitan, para ser ellos mismos, del ámbito subjetivo. Ellos no solo lanzan dentro de este ámbito lejanos indicios de ellos mismos, mensajes que darían

testimonio de su existencia autónoma; exigen por el contrario, por propia necesidad, este ámbito para sus fines más propios. Sin su verde colorido, sin su policromía otoñal, sin la rosada magnificencia de sus flores en primavera, sin su aroma, su solidez y espesura, su tamaño, su relación con el paisaje circundante, sin las otras mil propiedades que hacen que sea para nosotros tal como lo conocemos, un árbol no es un árbol... Sin los ámbitos subjetivos de la sensibilidad no sería lo que es; no podría cumplir el sentido, la idea que debe expresar”.

Tenemos la costumbre, como científicos, de considerar que el movimiento de conocimiento sale de nosotros y va al objeto, más o menos pasivo, especialmente cuando se trata de una bacteria. Y aquí leemos por el contrario que el objeto “busca” cumplirse dentro del hombre, que necesita para ser completamente él mismo, para “cumplir el sentido que debe expresar”, el ámbito del sujeto. Parece que hay un intercambio de papeles aquí: el sujeto vuelve a ser objeto, y el objeto, sujeto, que casi “actúa”, en el sentido de que necesita al otro. Se desarrolla una relación, empieza un diálogo.

En esa relación recíproca y necesaria entre sujeto y objeto, la sensibilidad del sujeto tiene un papel positivo. Entiendo este texto como la voluntad de rehabilitar la sensibilidad humana sobre la cual una duda se ha instalado: si cada uno tiene una sensibilidad diferente –como los daltónicos, que no ven colores igual que los demás–, nunca se podrá conocer a las cosas de manera objetiva con los sentidos. Desde el punto de vista de la ciencia experimental, que se basa en la observación, los sentidos, y la visión sobre todo, son centrales y no parecen dar problema.

Finalmente, la cita termina con esta tarea que tienen los objetos de expresar una idea, y del papel humano que consiste en ayudarlos a esta expresión. No se trata de situarse por encima de los objetos (con *dominación*), sino debajo de ellos (con *desinterés*), para conducirlos a su fin. Aquí, el hombre está descrito en su dimensión sacerdotal de devolver a Dios su mundo, de hacerlo cantar, o encantar. Resuena en mí la palabra de San Pablo sobre la creación, que gime en la esperanza de la revelación de los hijos de Dios.

3. La verdad, la belleza y el amor

Elegí una carrera científica por amor a la verdad, y la microbiología por amor a la belleza. También pensaba que las bacterias, como seres muy simples, iban a ser fáciles de “resolver” (eso era antes de entender la verdad como misterio...). Ahora veo que los tres, el amor, la verdad y la belleza caminan mano a mano. Con lo ya dicho, hemos visto que la verdad del mundo necesita de sujetos para manifestar su esplendor, y que el amor consiste en ponerse al servicio de esta expresión.

Termino con otra cita en la cual Balthasar sitúa el amor como el ámbito que abraza a la verdad, en estos términos:

“Con esto se ha llegado a comprender que el amor es inseparable de la verdad. ... El amor no es algo más allá de la verdad: es aquello que en la verdad asegura a ésta, más allá de todo desvelamiento, un misterio siempre renovado; es el eterno *más-que-lo-que-ya-se-sabe* sin lo cual no habría ni ser, ni posibilidad de saber; es en el ente aquello que nunca admite convertirse en mero *factum*, y en el conocimiento, lo que no le permite reposar en sí mismo, sino que lo pone al servicio de algo más alto”.